

LA DIMENSIÓN HUMANÍSTICA EN LA ERA CIBERNÉTICA

Carmen Dolores Hernández, Ph.D.

Me es siempre muy grato estar en una actividad de bibliotecarios no sólo porque siempre los he admirado –tanto así que me casé con uno– sino también porque muy tarde en la vida, pienso que habría sido muy feliz siendo yo también bibliotecaria. Mi admiración aumenta con la creciente realización de que son los bibliotecarios los que tienen el “Ábrete Sésamo” del libro de la sabiduría; el hilo conductor sin el cual el investigador, el estudioso, el lector, estarían perdidos.

Y hablando de hilos conductores, quiero empezar hoy mi breve intervención en este foro con un cuento, un mito de la antigüedad que, como todo mito, es siempre una metáfora que propone un modelo. Se trata del héroe Teseo, hijo del Rey de Atenas, que se ofreció para ir como parte del tributo que anualmente le exigía el enemigo Rey de Creta a su padre: el envío de seis doncellas y de seis mancebos cuyo destino era servir de alimento al misterioso Minotauro, un monstruo con cuerpo mitad toro y mitad hombre que habitaba en un palacio–cueva en las profundidades de la tierra. Tan apuesto era Teseo que al llegar a Creta se enamoró de él

Ariadna, la hija del Rey Minos y le hizo un presente: un ovillo de hilo que debía atar a una roca de la entrada a la cueva y luego desenvolverse mientras se adentraba en el laberinto del Minotauro.

Teseo bajó; mató al temido Minotauro y se encontró entonces perdido en aquel maravilloso palacio lleno de grandes riquezas y obras de arte. El hilo de Ariadna fue lo que le permitió encontrar el camino de vuelta (y, también, casarse con Ariadna).

Este mito nos remite, a su vez, a la imagen borgesiana de la biblioteca como laberinto. El gran escritor argentino, cuyo centenario de nacimiento celebramos precisamente esta semana, empieza así su cuento titulado "La biblioteca de Babel":

"El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales..."

es, por lo tanto, un laberinto. (Borges, por cierto, fue un ilustre predecesor de todos los bibliotecarios que aquí se encuentran: ejerció esa profesión por muchos años, en la Biblioteca Municipal de Buenos Aires y luego fue director de la Biblioteca Nacional.)

Pero el mito de Teseo también se refiere a ese maridaje que ha estado siempre presente, en el contexto bibliotecológico, entre la dimensión humanística de la biblioteca, su ofrecimiento de tesoros incontables e infinitos, y la necesidad de una guía, de una tecnología, de un hilo conductor que impida que el curioso, el estudioso, el lector, el investigador, el usuario, en fin, se pierdan entre tantas y tan variadas posibilidades. Este maridaje ha sido una constante en el mundo de los libros y la bibliotecología y lo seguirá siendo —aún más urgentemente— a medida que nos adentramos en el mundo de la cibernética.

Dijimos maridaje como si se tratara de unir elementos opuestos, dispares. Y es que la mente occidental —la mente universitaria occidental— es amiga de las disyuntivas, de las oposiciones. Pensamos en esos términos; definimos por oposición. Lo humanístico vs. lo tecnológico; literatura o historia; arte o ciencia; lo intelectual y lo práctico: tales son las categorías en las que encerramos el conocimiento. Pero esa compartimentalización, que posiblemente viene de Aristóteles y se reafirma con el racionalismo del tomismo medieval, no refleja fielmente la reali-

dad multiforme sino que obedece a consideraciones que tienen que ver con los métodos de enseñanza. No se puede abarcar todo a la vez, la mente humana es limitada y los académicos se han visto siempre en la necesidad de parcelar el saber para poder transmitirlo. Pero la mente del hombre puede también rebasar los ámbitos de la enseñanza y percatarse de que la verdadera ciencia y el verdadero arte no se oponen; de que la práctica es una función del pensamiento y de que lo humanístico y lo tecnológico son, en último término, dos aspectos unidos de las aspiraciones del hombre.

La historia misma de esa institución maravillosa que son las bibliotecas es ilustrativa de la profunda interacción entre el ámbito humanístico —que se refiere a la memoria colectiva de las acciones y conocimientos del hombre— y de la tecnología o vía mediante la cual esa memoria y esos conocimientos se hacen viables: el vaso comunicante para ellos. En un cierto sentido la biblioteca en sí es una tecnología que ha hecho posible la evolución del espíritu humanístico al difundirlo. Es lo que ha permitido que el conocimiento pase de lo privado a lo público; de la conservación a la difusión; de la jerarquización a la democratización del saber.

El primer paso que se dio por los senderos bibliotecológicos fue la consciencia de que el libro era algo valioso que se debía reunir y conservar. La famosa Biblioteca de Alejandría, por ejemplo, edificada en el siglo III a. de C., y que se le debe a la dinastía de los Ptolomeos en Egipto, no sólo intentaba reunir la totalidad de la literatura griega, sino también clasificarla y comentarla. La de Pérgamo, que se edificó posteriormente y que se nutrió de rollos escritos en cuero porque los egipcios, que resentían su competencia, se negaron a exportar su papiro o las bibliotecas de la antigua Roma, como la fundada por Asinio Polión en el 39 a. de C. o las dos fundadas por Octavio, también indicaban esa voluntad de conservar un acervo que existía —en primer lugar— porque había ya una tecnología (primitiva, desde luego, pero tecnología de todas formas): la escritura sobre tablas de arcilla, sobre papiro o sobre pergamino. Había también ya una industria, en el sentido de todo un gremio o grupo de amanuenses —generalmente esclavos— dedicados a copiar las obras del pasado.

Las bibliotecas monásticas, que tan importantes fueron luego, durante la Edad Media, eran lugares en donde se desarrolló aún más la tecnología de la escritura, mediante la laboriosa tarea de las copias a mano de los libros de la antigüedad: ahora ya con un sistema que incluía una especie de estandarización de la letra y la introducción de abreviaturas. Hubo también, desde ese lejano momento, catálogos colectivos de los libros existentes en una biblioteca o red de bibliotecas, como los elaborados por los franciscanos a finales de la Edad Media tras enviar cuestionarios a todos sus monasterios para determinar los títulos disponibles en cada uno.

Desde luego, que ciertas prácticas comunes a las primeras bibliotecas universitarias, muchas de las cuales surgieron al calor de los monasterios, quizás sorprenderían al bibliotecario de hoy, como las de encadenar los libros a los pupitres para evitar que se los llevaran (aunque quizás haya quien piense que no es tan mala idea después de todo). Una sentencia famosa de la Universidad de Salamanca –y que hoy se repite en broma– dice así:

“Hai excomuni3n reservada a su Santidad contra qualesquiera personas que quitaren, distraxeren o de otro qualquier modo enagenaren alg3n libro, pergamino o papel de esta bibliotheca sin que puedan ser absueltas hasta que 3sta est3 perfectamente integrada.”

(Espero que los suspiros que quizás est3n cundiendo all3 abajo no indiquen deseo alguno de que se renueven en las universidades puertorriqueñas las pr3cticas de la Santa Inquisici3n).

Poco a poco –y tambi3n mediante el concurso de la tecnolog3a, con la elaboraci3n en el siglo XIII del papel hecho de trapose hicieron m3s abundantes los libros y m3s numerosas las bibliotecas, incluso fuera de los 3mbitos conventuales y universitarios. Los humanistas del Renacimiento –ya beneficiarios de otro avance tecnol3gico, el de la encuadernaci3n cada vez m3s rica y elaborada– coleccionaban libros como coleccionaban grandes obras de arte y los exhib3an con igual orgullo. Por ese momento se inici3 la gran biblioteca papal que es ahora una de las m3s valiosas del mundo, la Biblioteca del Vaticano, y tambi3n se inici3 las dos –luego reunidas en una– de los Medici en Florencia. Fue

esa familia florentina, en efecto, la que puso en práctica una idea que había estado en la mente del gran poeta Petrarca cuando expresó su deseo de que a su muerte su biblioteca pasara a la ciudad de Venecia y estuviera accesible a quienes quisieran usarla, adelantándose así al concepto que pensamos tan moderno de la biblioteca pública. Las bibliotecas de los Medici en Florencia fueron, efectivamente, públicas y su éxito entre los florentinos del momento se debió en gran parte al bibliotecario Tommaso Parentucelli, quien elaboró el catálogo ideal de lo que debía contener una biblioteca humanística.

Poco después, un gran adelanto tecnológico revolucionó el concepto del libro y las prácticas bibliotecológicas. Fue la imprenta, cuya invención hizo que todo –y no sólo en el mundo de los libros– cambiara. El libro dejó entonces de ser un objeto único y preciado, fruto de años de trabajo y cuidadosamente adornado por el arte de la miniatura en muchos casos y se convirtió en un objeto que se fue haciendo cada vez más fácilmente reproducible. Fue, realmente, éste el primer paso –el pionero– de la era de la reproducción mecánica de la que escribiera Walter Benjamin y que luego abarcaría la fotografía, las películas, los discos, los videos, la cibernética, todo eso, en fin, que ha hecho de nuestro mundo uno eminentemente intercomunicable. La imprenta supuso, además, un desplazamiento del poder cuyos efectos plenos no se sintieron hasta mucho después. Cada vez más personas tuvieron acceso al saber, lo cual les daba poder sobre sus vidas y sobre el entorno porque uno de los muchos efectos que tuvo la imprenta fue que se abarató el libro, haciéndolo más asequible. (Otro fue la fijación del texto, que ya no sufriría las intervenciones creativas de algún copista dado a la invención.) Con un siglo de distancia, la invención de la imprenta coincidió con la Reforma Protestante y su énfasis en la lectura individual de la Biblia. Esto provocó un “boom” del libro al servicio de la religión justo en el momento en que aquél se hacía más asequible. Y, como todo está entrelazado en esta vida, las frecuentes guerras provocadas por motivos religiosos en Europa tuvieron a su vez un efecto nocivo sobre las bibliotecas de los monasterios: muchas fueron diezmadas en sus existencias y los libros de otras fueron a parar a manos de los monarcas –junto con el resto de los bienes eclesiásticos

confiscados. Los libros –especialmente los valiosos códices antiguos– se convirtieron entonces en un símbolo de prestigio, en un testimonio de la grandeza de su poseedor. Poco después –en el siglo XVI– se construyeron algunas de las grandes bibliotecas reales, entre ellas la que se encuentra en El Escorial en España. Estas bibliotecas tenían aspecto de museos porque junto a los libros se solían reunir y exhibir objetos de arte: pinturas y esculturas, mapas y grabados antiguos y otros testimonios del buen gusto del monarca. Las sedes mismas de las bibliotecas rivalizaban con las grandes construcciones eclesiásticas y civiles. Algún tiempo después, la construcción de la Biblioteca Imperial de Viena en el Hofburg o palacio real marcó el apogeo de la biblioteca como templo del saber o también teatro que servía de marco a la actuación de los sabios. Fue el asombro de Europa: marcó el apogeo del barroco con su gran bóveda central, sus majestuosos pilares revestidos de mármol rosado y gris, su gran ornamentación. También, desde luego, estaban los libros, valiosos volúmenes en una colección cuyo énfasis eran los clásicos y la sabiduría eclesiástica pero cuyo acceso estaba restringido a los sabios que eran también ornato de la corona imperial.

Por contraste, el siglo XVIII y sus enciclopedistas convirtieron a las bibliotecas en salones de estudio y a los bibliotecarios en eruditos encargados de hacer bibliografías y catalogar el saber humano. Es en ese siglo que se crean muchas de las bibliotecas nacionales, como la francesa y la española.

La Revolución Francesa tuvo un efecto profundo sobre las bibliotecas en Francia. Los haberes bibliográficos de la corona pasaron a ser bienes del estado – es decir, del pueblo, según la retórica de aquella revolución– y entre los nuevamente reconocidos derechos del ciudadano entró a figurar el de la instrucción. El cambio de énfasis marcó también un cambio de paradigma en la manera de considerar las bibliotecas. Además de servir al conocimiento servirían en lo adelante al ciudadano y contribuirían de manera fundamental a proporcionarle una educación que se quería que fuera cada vez más universalizada y laica. Ese ciudadano, y no el sabio, fue de ahí en adelante el foco del nuevo desarrollo bibliotecológico que fue la biblioteca pública municipal, nacida ya no en el viejo sino en el nuevo mundo, concretamente en la

ciudad de Boston a mitad del siglo pasado y luego difundida por todo aquel gran país.

La biblioteca tradicional – repositorio y museo– tuvo entonces que ampliar sus funciones en aras de esta nueva perspectiva. Además de coleccionar, conservar, custodiar y catalogar tuvo que aprender a servir, difundir la cultura, activar el conocimiento y propiciar la existencia de un lugar en donde floreciera el intercambio de ideas. Bibliotecas públicas municipales, gabinetes de lectura, bibliotecas rodantes, todo eso floreció en el pasado siglo que pronto será para nosotros el antipasado. También surgió, para lidiar con las circunstancias paralelas de la abundancia y la especialización, un sistema de clasificación, el Dewey, que aún está en uso en muchos lugares del mundo. (Fue Melvil Dewey quien también estableció en Columbia College, de Nueva York, la primera escuela formal para el adiestramiento de los bibliotecarios en la penúltima década del siglo pasado.) A todo esto se une el fenómeno de una explosión de la lectura en los países europeos que se industrializaban rápidamente y en los que surgía, por lo tanto, una nueva clase media alta con cierto ocio para esa actividad, especialmente en el caso de las mujeres de dicha clase, quienes se convirtieron en consumidoras ávidas de novelas, ocasionando el surgimiento, por lo menos en Inglaterra, de géneros como la novela gótica y la novela sentimental con heroínas sufridas o audaces.

El paso del tiempo, la presión de los desarrollos tecnológicos y las necesidades cambiantes de la sociedad fueron, en nuestro siglo, transformando aún más la conformación de la biblioteca hasta convertirla en lo que es hoy: un lugar multifacético en donde tienen cabida las más diversas tecnologías y que se acomoda a las más diversas necesidades. El advenimiento de la era cibernética en el contexto bibliotecológico no es sino otro aspecto del cambio de paradigma –de la singularidad a la multiplicidad; de la jerarquización a la democratización; de la conservación a la difusión– que se ha venido dando a lo largo de la evolución de la institución, que ha crecido y se ha desarrollado como algo orgánico, reflejando la evolución del espíritu humano. Es posible que el elemento más notable que ha marcado la culminación del cambio de paradigma tenga que ver con la manera en que las coordenadas de espacio/tiempo han invertido ahora sus valores. Mientras que

hasta hace poco el problema –y las soluciones– bibliotecológicas tenían que ver con los espacios, ahora tienen que ver con el tiempo; no es en el espacio real, efectivamente, que se encuentran las nuevas vías de información sino en el virtual, que es, sobre todo, el tiempo de las conexiones electrónicas.

Ahora más que nunca, sin embargo, hace falta el hilo de Ariadna que nos guíe por esas conexiones y nos permita conformar un espacio intelectual público que sea coherente dentro del cúmulo caótico de información.

No se trata ya ni siquiera del consumo acelerado de la información, del todo imposible es consumir tan múltiple acervo: el énfasis está en el intercambio. La biblioteca, ese organismo viviente que ha crecido y se ha transformado, es el foro más adecuado para moderar y organizar ese desarrollo. La biblioteca virtual del futuro tendrá, como la de hoy, grandes colecciones pero no de libros sino de bancos de datos. Su problema no será el espacio sino el tiempo necesario para acceder a la información y llegar al punto preciso y proveerá, como siempre lo ha provisto, la tecnología necesaria para que no perdamos el hilo que nos pueda conducir por los laberintos cada vez más intrincados del conocimiento. Retomamos, para terminar, la metáfora borgiana que hace de la biblioteca un universo al repetir su frase: "La Biblioteca es.... Infinita".